

monias piadosas y que ostentaban escudos de oro, parecían cantar, uniendo los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones, el himno triunfal de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto, las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, que ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido tal divinización á la historia.

---

## LYSISTRATA

---

Hemos visto la mujer griega con Helena en la epopeya de los combates y con Penélope y Leucotea en la epopeya de los trabajos. La hemos visto con Ceres en el Olimpo y con Medea en el teatro. La dulce Antígona de Sófocles nos ha parecido la virgen aria por excelencia. Engendrada en las altas mesetas del Asia, crecida en las riberas del Indo, puesta sobre los altares de Grecia, llenando con sus tiernos suspiros desde los giros del aire hasta los susurros del follaje y del arroyo, coronada con las perlas del mar y con los rocíos del cielo, vestida de iris y alada como las mariposas, el trágico Sófocles nos ha presentado sus dolores y sus sacrificios morales en la más acabada y más perfecta entre todas sus obras. Así como Esquilo nos ofrece las tormentas, adonde la curiosidad íntima de saber y el logro de las invenciones conduce, pre-

sentándonos su Titán ó Prometeo, atado á eterno suplicio en el Cáucaso por haber traído luz desde los cielos al mundo, nos ofrece por su parte Sófo- cles en Antígona los holocaustos impuestos por piedad y delicadeza y virtud á una joven tierna y hermosísima. Lo mismo al entrar en el valle de Colonna, saludada por las abejas escondidas en los olivos y por los ruiseñores anidados en los laureles y en los mirtos, sirviendo como de báculo á su padre rey, Edipo, criminal por disposición del destino é inocente allá en su alma, que al encerrarse viva dentro de la caverna donde por amor fraternal debe dar sepultura sacra y ritual á su hermano muerto, Antígona se nos aparece como la imagen fidelísima de un sacrificio cruento, agitando en sus manos virginales las palmas del martirio y luciendo en su cabeza el nimbo de una santidad sublime. Lo que la Minerva de Atenas, desde los mares por los navegantes bendecida cuando el sol relumbraba en su casco de oro, y lo que la Venus de Milo, adorada hoy como divinidad incontestable de la hermosura plástica por todos cuantos aman el arte, se nos aparece Antígona, dechado perfectísimo de virtud alzada sobre las crueldades y horrores de los tiempos heroicos, cual una hermana de la eterna caridad contenida en los sentimientos más ingenuos y más recónditos de su sexo. Para nosotros

Antígona representa el ideal de la virgen griega tallado por el Fidias de la poesía en el Paros armonioso y reluciente de sus perfectos hexámetros. Pero no basta, no, haber contemplado á la mujer en el Olimpo y en el teatro, como diosa y musa unas veces, como heroína tocada por la fatalidad otras; ahora como hechicera y maga, y ahora como amante tierna; precisa estudiarla en otro de los aspectos más importantes del genio antiguo, importa estudiarla en el teatro cómico y distinguirla entre los tipos ofrecidos por las letras bufonas y sarcásticas, que tanto han hecho reír á unos y tanto llorar á otros en el mundo clásico. Nos faltaría indudablemente algo si nos faltase tal manifestación de la vida humana en nuestra extensa galería de femeniles retratos. Hay quien sólo descubre de las cosas y de las personas el lado poético, así como hay quien descubre sólo el lado ridículo. En torno del objeto que os parezca más prosaico vuelan y cantan enjambres de ideas poéticas ocultas á muchos, mas lúcidas y resonantes para quienes poseen el dón adivinatorio de una interna poesía. Pues todo tiene su lado ridículo también. Y hay quien posee la facultad íntima de verlo fácilmente, como Luciano en los antiguos tiempos, como Voltaire en los modernos. El martirio de un santo cristiano en las catacumbas y el esfuerzo de una Juana de Arco

por la patria se prestan poco á risa ó chacota, y, sin embargo, tropieza con su aspecto ridículo en sus *Peregrinos* Luciano y Voltaire en su *Doncella*. La propensión cómica es una de las fundamentales propensiones en el hombre, que sube á las sublimidades hasta parecer un Dios y desciende á las ridiculeces hasta parecer un bufón.

Desde luégo la comedia debe llamarse una sátira en acción, y esta sátira en acción proviene de ciertas disonancias entre la realidad viva y los ideales de moralidad que lleva cada cual en su inteligencia. Por eso la comedia, con todas sus burlas, con todas sus risotadas y chacotas, siempre se propone un fin moral y siempre trata de corregir las costumbres. Como producto del arte inferior á la tragedia tiene ya un fin, al cual nunca puede aspirar la tragedia, encerrada como está en la representación serenísima del ideal, á manera de perfecta estatua. Lo grotesco, lo ridículo, tientan mucho al hombre. La risa le retoza en el cuerpo á las muchedumbres. Una gran parte de las gentes adolece, á no dudarlo, de vino muy alegre. Y los vendimiadores, emborrachados al mosto que destilaban sus cubas, debían decir frecuentemente gracias múltiples y dicharachos copiosos en la irresistible alegría y en el jolgorio intenso de sus fiestas campesinas. Y como los altos personajes se prestan más al

ridículo, por su misma posición altísima, que los personajes del vulgo, tras ellos daba la comedia, y de sus vicios se reía con ganas y á su pleno sabor. La invectiva surgía naturalmente de todos estos apasionamientos y de las porfías entre los rústicos ebrios, muy dados á insultarse con frecuencia en sus avinados diálogos. De aquí subióse á ridiculizar, con las licencias propias de una democracia libre, los hombres públicos, caricaturando, por medio de sarcasmos brutales y soeces, la vida política, tan llena de dificultades y tan expuesta de suyo á contener, más que ningún otro aspecto de la impura y grosera realidad, múltiples imperfecciones. Esta comedia política es la comedia por excelencia de Aristófanes, el cual castigaba con furor en ellas todos los excesos de los dos grandes poderes que fundó el genio incomparable de Pericles, la ciencia y la democracia. Pero ¡ah! que le sucede al buen Aristófanes en su papel histórico mucho de lo que al buen Horacio le sucede también; perteneciendo por su nacimiento, por su educación, por su altura intelectual, por su gusto depurado, á una época de perfección clásica, les toca señalar el tristísimo período de una incipiente decadencia. ¡Ay! Así como el arte simbólico, digámosle oriental, concluye, según las profundas observaciones de Hegel, cuando el símbolo y lo por él significado se apartan, con-

cluye, á su vez, el arte clásico cuando se divorcian las serenas armonías, en él reinantes, entre la forma y el fondo, entre la idea íntima y su expresión perfecta. La risa, la caricatura, lo grotesco, lo ridículo, caen abrumadoramente sobre la paz y serenidad antiguas. Desconciértase la incomparable armonía que ha hecho compenetrar la forma con el fondo en todo el teatro y en todo el arte clásico. Lejos de acercarse la realidad al ideal, se divorcia de él y presenta, por lo mismo, un desconcierto muy contrario á la plenitud de tranquilidad representada por aquellos bajorelieves armoniosísimos, por aquellas estatuas serenas, que caracterizan con caracteres indelebles el clasicismo. La comedia griega, como la sátira latina, señala el comienzo de un desconcierto entre la realidad y la idea, desconcierto que ha de concluir tarde ó temprano por un irremediable decaimiento.

Aristófanes, como los primeros fundadores del teatro cómico, se nos ofrece y presenta poseído por una borrachera, no de vino como ellos, de genio ciertamente. Pocos escritores guarda la historia dotados tan largamente de gracia infinita, tan dispuestos á la carcajada ruidosa continua, tan idóneos para descubrir el lado ridículo de todos los individuos y de todos los objetos, tan ricos en verdaderas indignaciones é invectivas. Cierto que la desver-

güenza del cómico llega, en su desenfreno, adonde pueda llegar la brutalidad asquerosa del rústico peneque. Quiere con licencias de lenguaje corregir licencias de costumbres. Los actos más carnales y los vicios más inmundos allí aparecen todos á una, en desnudez incomprensible á nuestro gusto moderno. Entablan marido y mujer conversaciones sobre temas de alcoba que no podemos leer hoy sin asco, y que no podría presenciar el público nuestro sin levantársele á una la conciencia y el estómago.

Entre los estiércoles y los detritus de tantas indecencias, no quiero deciros cómo estarán de sucias y manchadas las pobres mujeres en su escena. Pero bajo la suciedad se descubre, muy principalmente aquí en el tipo de Lysistrata y en el argumento de la comedia que preside y caracteriza ella, todo el importante papel representado en las sociedades helénicas por sus hermosas mujeres. Aristófanes quiere mostrar á la sociedad cuánto importa para el concierto mejor de los negocios el influjo de la mujer, no sólo en la vida privada, en la vida política también. Y su método peculiar de manifestar todas las verdades que cree y que siente por medio de la caricatura grotesca, de la ironía cruel, de los sarcasmos amarguísimos, presta un relieve indudable á todos sus pensamientos y les da un ca-

rácter cómico muy asequible á todas las muchedumbres.

Mucho ha reído la humanidad hasta verter lágrimas á fuerza de reirse. Y en todas las épocas que representan las verdaderas transiciones históricas aparece un satírico encargado de poner en contraste la sociedad que se va con la sociedad que se acerca. La vejez ríe tanto cuanto la juventud llora. El amor, que tiende á lo trágico en el púbero, tiende á lo cómico en el anciano. Cuando una sociedad se ríe mucho, esta sociedad se halla en los umbrales de la muerte. Ved cómo los satíricos romanos, vedlos, Juvenal, Marcial, señalan el tránsito de las edades clásicas á las edades cristianas. Ved los satíricos del siglo décimocuarto señalando otro grande tránsito, el de las edades teocráticas al Renacimiento. Ved Erasmo, Hutten, Rabelais, Pulci, Ariosto, Cervantes, señalando la transición de los siglos medios al mundo moderno. Ved Voltaire señalando la transición de los siglos monárquicos á los siglos revolucionarios. Pues bien, Aristófanes, con sus burlas y con sus carcajadas, también señala el tránsito desde las edades áticas á las edades macedónicas, desde la república organizada por Pericles al imperio terrible organizado por Filipo y por Alejandro. Tal ministerio le toca representar en el mundo á los que se ríen mucho. La carcajada epi-

léptica de todos estos burlones resulta más triste, mucho más triste que los lamentos de todos los poetas elegíacos. Cuando uno lee Jeremías ó Isaías, cree oír en sus lamentaciones y en sus trenos el acento de un mundo en plena conciencia de la suerte que le aguarda y con la compostura y la tristeza dignas de sus trágicas agonías. Pero cuando ve uno al buen Aristófanes riéndose á todo reir, entristecerse, ya porque no encuentra en él aquella penetración de su triste suerte, ya porque agobia más el dolor cuando se burla y ríe que el dolor cuando se plañe y llora. Mas no insistamos en esto y busquemos los principales tipos de mujer en las comedias de Aristófanes.

La índole capitalísima del genio aristofanescos hállase por consentimiento universal en su carácter político. Las caricaturas nuestras de los periódicos batalladores, las invectivas del artículo de oposición diaria sugerido por sentimientos exaltadísimos, las arengas vehementes dichas en las izquierdas y en las montañas de todos los congresos, cualquier proclama de las muchas vertidas por labios populares en los clubs facciosos de nuestros días, os granjearán la noción precisa de la comedia verdaderamente aristofanesca, tan propia para provocar á un tiempo risas y tempestades. Pero la política de Aristófanes ciertamente responde á ideas y

afectos de conservación más que á ideas y afectos de progreso. Grecia, organizada por Solón, había recibido profundas alteraciones en la guerra con los persas, cuando el enemigo común, que hollara el suelo helénico, demostró cómo necesitaba el territorio aquel de todos sus hijos si quería vencer. La severa lógica de los hechos dijo que si valían todos los atenienses para el combate, valían también todos los atenienses para el comicio. Así es que la guerra de su independencia, no solamente puso á la divina Hélade apartè y fuera del influjo extraño, sino que también la inspiró una idea bien luminosa, la idea de regirse á sí misma democráticamente. Aristides, el virtuosísimo Aristides, llamó todos los ciudadanos á las asambleas. Y cuando ya estaban todos en las asambleas, Pericles, el gran Pericles, retribuyó el ejercicio de las funciones políticas, lo cual abría de par en par á las democracias las puertas del poder. Tal política no andaba tan fuera de camino como pretendían los reaccionarios, cuando, merced á ella, gozó Atenas de una larga paz, y en esta larga paz acertó á coronarse con la diadema de todas sus glorias. Mas, á la vuelta de algunos lustros, se desnaturalizó, alterada por las grandes irrupciones demagógicas. Una democracia, siquier tuviera esclavitud y esclavos, no podía vivir á sus anchas ni desarrollarse

con verdadera pujanza sino en el trabajo y en la paz. Ya lo dijo Pericles en su maravillosa oración á los difuntos. Empeñada una guerra, las democracias tenían que divertirse de su actividad trabajadora y empeñarse por su mal en competencias á cuyo fin y término sólo podía encontrarse la muerte. Sacada de su quicio, metida en los combates, desnaturalizada por el cambio de su finalidad propia en otra finalidad extraña, los hondos sacudimientos guerreros le generaron una demagogia desconocedora del freno de las leyes, tentada por sus malos hábitos de una irremisible holganza, con todos los vicios del campamento y todos los extremos del combate, falta poco á poco de aquellas nociones jurídicas y de aquella eficaz actividad que dan á las repúblicas libres la necesaria compleción para gobernarse á sí mismas y todas las virtudes naturales en una progresiva democracia.

Aristófanes sintió las desgracias de Atenas y el decaimiento que aquejara en la guerra del Peloponeso á la excelsa ciudad, atribuyéndolos sin fundamento, no á la degeneración y enfermedad agudísima del gobierno democrático, al gobierno democrático en esencia. Para él, Cleón, es decir, la demagogia, equivale á Pericles, ó sea en puridad, á la democracia. De aquí, de tal idea, parten sus invectivas terribles al pueblo, sus movimientos desorde-

nados contra toda la igualdad democrática, sus acerbos discursos, sus sátiras, lanzadas, no sólo sobre todo cuanto hay de perturbado y excesivo en los gobiernos democráticos cuando se pervierten, sino sobre todo lo que hay de justo y recto en esa plena vida de la libertad y del derecho. Confesemos, sin embargo, que hombres como Cleón, elevados á las alturas sin méritos propios, tenían que halagar las malas pasiones del pueblo para sobreponerse á él, alzándose tristemente sobre sus defectos y sobre sus vicios. ¿Quién podía reemplazar la elocuencia de Pericles? ¿Quién podía ejercer aquella fascinación ejercida por su alma? ¿Quién podía dirigir una guerra con su incomparable prudencia? Tucídides nos ha descrito en rasgos admirables la sociedad demagógica que reemplazara tristemente al mundo de Pericles. La temeridad considerada como valor, la declamación como elocuencia, la mesura como subterfugio, la previsión como mengua, mientras que un hipócrita demagogo, alardeando de popular, un ciego adulador de independiente y severo, un ambicioso de humilde, soltaban las riendas á todas sus pasiones, y con tal de vencer, importábalas poco deshacer su patria en las ráfagas de todas las pasiones y bajo las plantas de todos los partidos. En tal situación, indudable que prestaba un servicio verdadero á Grecia el cómico extraordinario, consa-

grado al recuerdo constante de los bienes múltiples que traen consigo una paz bien establecida y una libertad bien ordenada. Pero muchas veces, falto de mesura, empeñado en ver por su pesimista naturaleza de satírico el triste y deforme lado que todas las cosas tienen, desgraciadamente llevó Aristófanes su celo hasta una violencia bien punible, hasta manchar el nombre ilustre de su patria y extinguir, confundiéndolo con los más vulgares sofistas, el genio inmortal que había fundado la ciencia en las certidumbres más inmovibles de nuestro espíritu, había distinguido del Estado la conciencia libre, y había iluminado con la idea de Dios los espacios infinitos del alma. A pesar de todos estos extravíos, del exceso pesimista, siempre dañoso, y del ataque á la fundamental filosofía griega, no puede negarse que un vivo deseo del bien y un profundo amor á la patria movían el genio de Aristófanes. Pero confundiendo el bien patrio con la reacción hacia las instituciones aristocráticas que no convenían á una sociedad adelantada, y con el culto á unos dioses que comenzaban á eclipsarse ya en la conciencia humana, su espíritu resistente y reaccionario levantó y suscitó muchos obstáculos al curso natural y sosegado de los hechos, que se turban cuando quieren los directores de la sociedad y de la vida, ó impelerlos violentamente, ó echarlos atrás.